

Editorial

GLOSAS E HISTORIAS

EN SU ENTRADA en nuestro siglo veintiuno, la ciencia de lo público está teniendo algunos tropezones. Al desfallecer las ideologías románticas, los politólogos han regresado a los dos caudales de origen: el derecho público y la historia de las instituciones. Los estudiantes de ciencias políticas presentan dos perfiles: el de los futuros ingenieros, que confían estudiar las cerchas y estructuras del Estado; y el de los historicistas. Éstos últimos, que son hoy los más numerosos, piensan, como en general les ocurre a muchos historiadores, que el conocimiento del pasado de las personas, de las situaciones y de los países son la materia prima del saber político. Escarbando en las tierras antiguas creen que encontrarán el pautaje inherente que rige nuestros gobiernos. ¿Y por qué entonces estos jóvenes no eligen estudiar historia directamente? Posiblemente porque, además de creer en la importancia trascendental de lo anterior, tienen la ambición de cambiar el mundo y quizá les parezca que la historia se mueve en un ambiente libresco, aislado y lleno del polvo de los legajos de los archivos. La historia les resulta algo estéril, mientras que la ciencia política que ellos tienen en mente les parece proclive a transformar la realidad de arriba abajo.

Con la inflación académica y los magros resultados de la investigación empírica, hoy se hace cada vez más fuerte la necesidad de volver a la teoría; un regreso anhelante de nuevas visiones de lo político. Por otra parte, la contienda de la ciencia política con disciplinas más establecidas como el derecho público, las ciencias cognitivas y la estadística, está dejando en evidencia algunas de sus debilidades profesionales. El resultado es un repliegue, ya más que evidente, a una especie de pequeños cercados propios que son todo lo que se ha podido entresacar del ámbito del derecho, de la teoría de probabilidades y de la estadística. En este clima no es extraño que se retorne al Estado. Esta gran institución es una ciu-

dadela a salvo de los ataques de los juristas, para quienes los politólogos resultan poco más que unos incompetentes invasores. Por otra parte, estos últimos no saben bien qué hacer cuando se les arriman oportunistamente los sociólogos políticos, los psicólogos de las organizaciones y los ingenieros informáticos.

Sin embargo, los científicos de la política sienten que ellos buscan algo mucho más profundo y sustantivo que sus colegas interdisciplinarios, interesados casi siempre en una visión superficial de las teorías del gobierno. Si para un sociólogo el conde de Saint Simon (1760-1825) es casi la prehistoria, para la teoría política es sólo anteaer. Los politólogos empiezan hoy a caer en la cuenta de que la privatización del gobierno de cada uno y la prohibición de mirar al interior del mundo interno, una tergiversación muy propia de la sociedad vigilante, les ha dejado amordazados y con los bolsillos vacíos.

Esa privatización tan generalizada, y que ellos han admitido resignadamente, les ha traído a través del tiempo a militares, pedagogos, asistentes sociales, religiosos, moralistas, psiquiatras, psicólogos y psicoanalistas que les venden unos productos envasados con sus etiquetas profesionales, y a precio caro, aun cuando muchas de sus reflexiones hayan sido elaboradas a partir de la sustancia del gobierno de los seres humanos. Sin ningún recato estos profesionales usan con profusión conceptos genuinamente políticos como la vida es una guerra, mecanismos de defensa, autoridad, poder, pelear para salir adelante, cárcel, agorafobia, neurosis de culpa, omnipotencia, absolución, confesión, impotencia, censura, ataque, fuga, juicio, psicosis fronteriza o libre asociación; ejemplos que hablan por sí mismos. Algunos incluso erigen como piedra angular de sus teorías un personaje mítico como Edipo, que precisamente quería ser rey y tenía una tarea cívica que cumplir.

La consecuencia contemporánea de todo esto está siendo incómoda y poco fácil de solventar. Cuando los desorientados —y aburridos— politólogos miran con angustia a la teoría, ésta sólo parece ofrecerles una serie de repeticiones de los mismos razonamientos y conceptos. Son términos a los que se que se lima una y otra vez un poco por aquí u otro poco por allá, para volverlos a formular como si fueran hallazgos. Se trata de esa *nueva escolástica* que se está produciendo crepuscularmente en torno a temas como la democracia deliberativa, la disputa individualismo/comunitarismo —un debate ya prácticamente agotado—, el problema de la identidad, la emancipación de los pueblos, la globalización, el fin de la historia, el desmontaje postmoderno de los fundamentalismos o las llamadas teorías críticas, que suenan hoy a melodías de otra época. El último bastión, la fe en el entrenamiento metodológico, está sufriendo cada vez más por sus deficiencias, ¡tan visibles!, frente a la capacitación de matemáticos e ingenieros informáticos. Cada vez hay más politólogos que empiezan a estar de prestado en todas partes.

En medio de todo este remolino, con el retorno apresurado al Estado como territorio propio, se ha hecho patente que hay pocas cosas que renovar. La parte institucional ha hecho bien su trabajo, y eso se ve en que puede aguantar la competencia de los juristas, al menos si se recluye en conceptos afortunados y dinámicos como políticas públicas o gerencia de la administración. En cuanto al territorio o la soberanía, queda poco por explorar. Quizá por eso la única esperanza se encuentre en un nuevo concepto de ciudadanía, sin duda el elemento más rico y abierto a nuevas ideas.

¿Pero qué podemos hacer al respecto si el centro de este tema, el gobierno del individuo, ha quedado privatizado en manos de los filósofos morales?

Afortunadamente hoy está surgiendo una nueva teoría política que ha puesto fin a esta mutilación. La reapertura del caso de la retórica y la recuperación del mundo interno del ciudadano han permitido que podamos volver a respirar con normalidad. Cada vez crecen más las resistencias a esa politología demasiado sumisa a los imperativos del aristotelismo, increíblemente vigentes aún, y que además está sometida a los temores que produce adentrarse en el mundo de la contingencia descontrolada.

Por primera vez la teoría política actual se rebela contra dos imposiciones dictatoriales que han mantenido su predominio desde el siglo trece. Una es la ya mencionada despolitización del gobierno de cada uno y otra es la afirmación axiomática del principio de identidad. Esto quiere decir que una cosa o es A o no es A; y que algo está aquí o allí; pero que ni se puede ser dos cosas al mismo tiempo ni estar en dos sitios a la vez. La teoría política del siglo veintiuno empieza a comprender que estos principios, que sólo son vigentes para el estado de vigilia del ser humano, han sido extendidos universalmente a una *sociedad vigilante*.

No es nuevo decir que la sociedad vigilante se caracteriza porque en ella (i) la vida es una guerra incesante, (ii) el saber es poder, (iii) lo esencial de la vida es el tiempo de vigilia, quedando purgada la letargia, y (iv) el tiempo histórico y la acción humana, sometidos al principio de identidad, fluyen con la vida siempre hacia delante. Una sociedad basada en la facultad de la visión y siempre empeñada en la búsqueda de *soluciones finales*. Estos presupuestos siguen dominando gran parte de la política contemporánea y de su estudio, de ahí mi interés en insistir en ellos.

Afortunadamente el trabajo de algunos grandes maestros del siglo veinte y la marcha de los acontecimientos, con el hundimiento del romanticismo, están dando pábulo a una nueva actividad teórica. Un esfuerzo que por primera vez en muchos años se plantea salir de ese laberinto gótico, tan agotador como deprimente.

Foro Interno lleva cerca de una década trabajando en este sentido. En las críticas de libros que se han ido publicando en nuestra revista a lo largo de estos años, encontraremos indicios de todas estas preocupaciones. Una de estas reseñas está dedicada en el presente número al valioso libro *Crítica de las ideologías*, del Prof. Rafael del Águila, colega español eminente que nos ha dejado en plena madurez creadora.

JAVIER ROIZ